

C 121

13

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES
DE BARCELONA

ELOGIO

DEL

PRIMER CONDE DE LAVERN

(1863-1926)

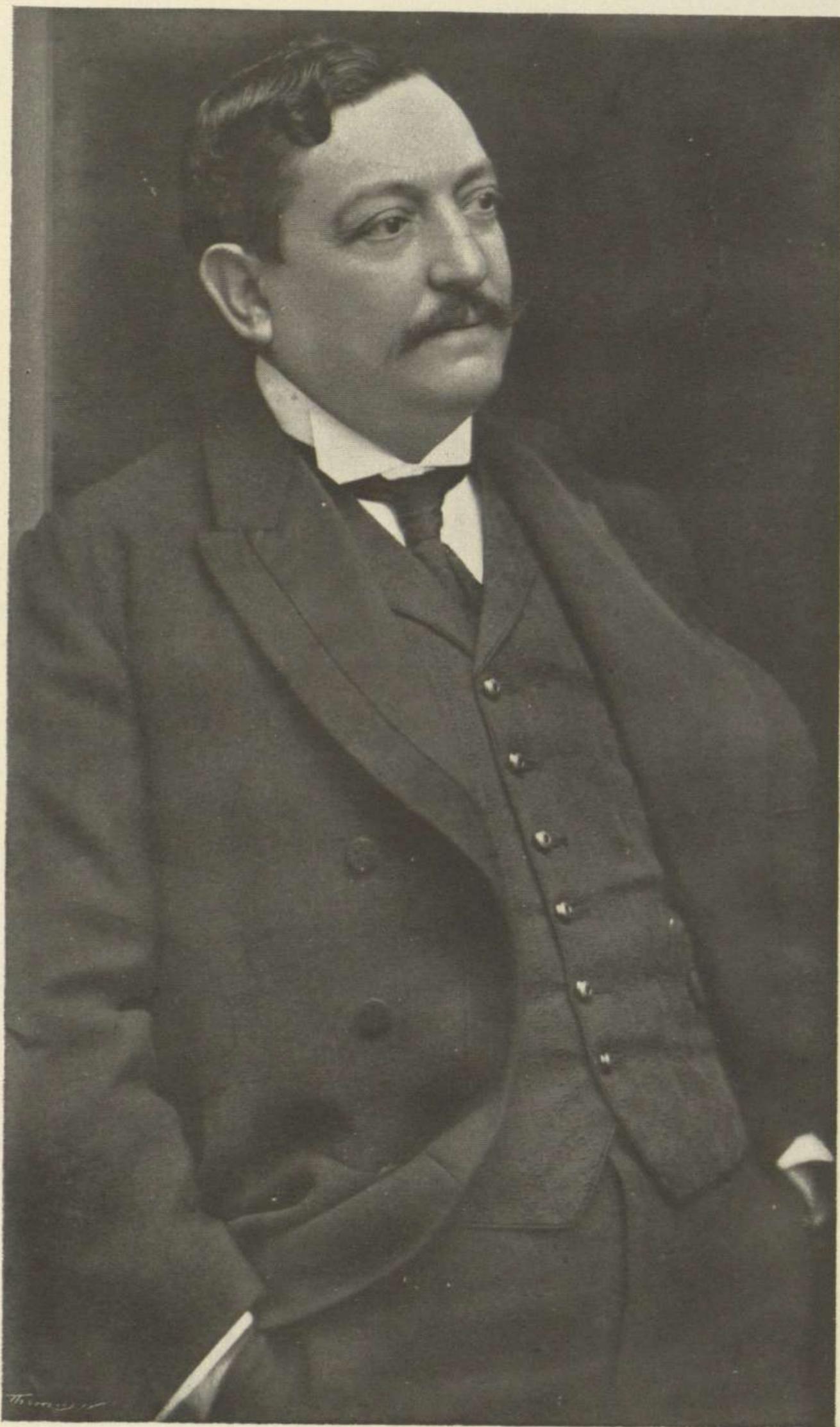
POR

Buenaventura Bassegoda y Amigó

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA
Servei de Biblioteques



1500226963



EXCMO. SR. D. PEDRO G. MARISTANY, CONDE DE LAVERN

* Masnou, 12 de enero de 1863
† Barcelona, 23 de julio de 1926

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES
DE BARCELONA

ELOGIO

DEL

PRIMER CONDE DE LAVERN

(1863-1926)

POR

Buenaventura Bassegoda y Amigó



BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA P. DE CARIDAD

Calle de Montalegre, 5

1927

R. 175.643

ACADEMIA NACIONAL DE BELAS ARTES
DE SÃO PAULO

ELOGIO

PRIMEIRO CONDE DE LAVRA

(1713-1796)

Discursos de João de Deus e de
João de Deus e de João de Deus



Excelentísimos señores:

Señores Académicos:

Señoras, Señores:

La excesiva benevolencia de mis compañeros de Junta de Gobierno de esta docta corporación, confióme la honrosa y difícil tarea de escribir el merecido elogio del malogrado presidente que con ejemplar acierto y brillantez nos rigió durante algunos años, pocos por desgracia; del excelentísimo señor Conde de Lavern.

Su pérdida nos pone en el trance de presentarnos en esta sesión pública huérfanos de aquel gran prestigio que envolvía todos nuestro actos corporativos, y que indudablemente habéis de echar de menos. Y a mí me pone en grave apuro, porque al confiarme el tributo a sus brillantes merecimientos, me encuentro tan falto de aptitudes para ello, que siento en el fondo de mi alma algo parecido al remordimiento por haber aceptado tamaña labor, privando a otros individuos de nuestro seno la ocasión de haber cumplido, por manera más digna, cual se merece, la gloriosa memoria de nuestro amado presidente. Por fortuna, el calor de una fraternal amistad suplirá en algo mi deficiencia.

La Academia provincial de Bellas Artes eligió, para la conmemoración de sus méritos, la presente solemnidad en que se reparten los premios a los jóvenes que con más provecho han seguido las enseñanzas en las Escuelas que desde hace un siglo y medio cobíjanse en ese clásico edificio, que el talento de Soler y Faneca erigió para renovar la antigua Lonja de los mercaderes. Y así lo dispuso la Academia para dar ocasión a los alumnos premiados, de oír los conceptos en elogio del primer Conde de Lavern, pudiendo recordarle así cuantos habíanse gozado, en años anteriores, con sus provechosos consejos, y, además,

para que aquellos que por vez primera vienen a recoger el lauro merecido puedan conocer lo mucho que valía personalidad de tan alto relieve en las esferas artísticas de toda España, y en especial de nuestra querida ciudad de Barcelona.

Recordemos todos el afecto, la cordialidad y la elocuencia con que se dirigía en estas solemnidades a la juventud laboriosa, y al notar el visible contraste, por lo que a mí se refiere, perdonadme, puesto que no me han inducido a ello el atrevimiento ni el afán de exhibición, sino tan sólo el respeto que yo profeso a la estrecha disciplina en todos los órdenes de la vida social.

* * *

Nuestro llorado presidente excelentísimo señor don Pedro Gerardo Maristany y Oliver nació en el pueblo (hoy villa) de Masnou, en 12 de enero de 1863, y falleció en esta ciudad, el día 23 de julio de 1926. Y esos sesenta y tres años de su peregrinación por este mundo, están llenos de una vida activísima en todos los órdenes del trabajo, así para el provecho propio como en el de la colectividad.

Su ascendencia pertenecía a aquellos arrojados marineros de nuestra costa catalana que se dedicaron al comercio de cabotaje por el Mediterráneo, tripulando ya un modesto laúd, ya un místico de mayor capacidad, en los que cargaban bocoyes de vino o de aceite, y otros productos áridos, generalmente de cosecha propia, cuyo comercio iba transmitiéndose de *hereu a hereu*.

Así, el padre de nuestro llorado presidente fué *hereu Pere Grau*, por llevar su padre el nombre de Pedro Gerardo, que, a su vez, heredaba de su padre, que se reprodujo en el nieto, que también fué *hereu Pere Grau*.

Al nacer éste en Masnou, ya residía la familia en Barcelona, y después de la enseñanza elemental, cursó el bachillerato en el Colegio de Galavotti, célebre en su tiempo, por lo selecto de su profesorado y por lo concurrido de sus clases. Bachiller a los catorce años, con la calificación de sobresaliente en todas las asignaturas, ganó también el premio para el título, y bajo tan brillantes auspicios, penetró en la nueva Universidad, para seguir los cursos de la Facultad de Ciencias, pues sus padres pensaban dedicarle a la carrera de ingeniero, en la especialidad química. Entonces el místico o el laúd de los abuelos se había convertido en bergantín o brikbarca, y comerciaban con América.

En la Universidad nos conocimos, y en las vacaciones, por veranear ambos en la misma playa de Masnou, trabamos allí sincera y perdurable amistad, como suele acontecer entre adolescentes de catorce años apenas salidos del encierro colegial.

Permitid, señores académicos, que me detenga en esos pormenores que a vosotros han de antojárseos triviales, pero que a mí se me aparecen nimbados con la gloriosa aureola de la juventud, y me parece todavía sentir dentro de mi caduco organismo las oleadas de la sangre moza que alimentó nuestra amistad, bajo el sol estival y sobre las olas mediterráneas.

Carrera triunfal fué la del joven Maristany en la Universidad de Barcelona, hasta obtener el doble título de Licenciado en Ciencias exactas y físicoquímicas, según la nomenclatura de aquella fecha. Los sobresalientes fueron tantos como los exámenes sufridos, y la licenciatura fué ganada por oposición, con premio extraordinario. Trasladado a Madrid, siguió el doctorado en las mismas dos especialidades, y consiguientemente el premio en la Universidad Central, a los diez y nueve años de edad.

Por esos contrastes que tanto abundan en la vida del hombre, un talento tan privilegiado y embebido en las abstracciones de las Ciencias matemáticas, se encontró, al ser hombre, completamente dedicado al comercio de exportación de vinos, bajo las naves de las vastas bodegas que había inaugurado su padre en terrenos cercanos al Fuerte Pío. Abandonó el propósito de tener el título, por creer, sin duda, que con los conocimientos que poseía y la práctica de los análisis diarios en su casa, y, además, con su incesante afán de estudiar, ya le bastaba. Entonces hizo el primer viaje a través del Océano, para visitar su clientela de las Antillas, del Brasil, del Uruguay, de la Argentina...

Ya comprenderéis lo provechoso que es para un joven de veinte años el conocer lejanos países y tratar con gentes de distinto hemisferio. En esa edad el espíritu de observación está despierto como nunca, y el afán de ver y de conocer es insaciable. Fué una gran preparación para la entrada de Maristany en el mundo de los negocios.

Y os preguntaréis : ¿Qué caminos le condujeron a la presidencia de la primera Corporación artística de la provincia? Seguid dispensándome vuestra preciosa atención y no tardaréis en saberlo.

Al cumplir veinticinco años perdió a su buen padre, jefe de la casa comercial, y tuvo que ponerse al frente de ella, y

gracias a sus esfuerzos, a su talento y a la manifiesta protección de la Divina Providencia, no sufrió sacudida alguna la importante empresa. Por ello, veinticinco años más tarde pudo celebrar las bodas de plata de su dirección, ofreciendo a la Santa Virgen de Montserrat un valioso monumento en el Rosario monumental del camino de la Cueva. Le recordaréis sin duda: es el segundo de Gloria, y, por lo tanto, representa, en alto relieve, la Ascensión del Señor, en mármol de Carrara, labrado por nuestro compañero de Academia, fallecido poco tiempo ha, don José Reynés. Allí, en plena montaña, el 27 de julio de 1903, rodeado de su buena esposa, hijos, hermanos y amigos hizo entrega de su ofrenda al ilustrísimo reverendo padre Dom José Deás, abad del célebre Monasterio benedictino, con breves palabras, llenas de unción, de piedad y de patriotismo, mientras se descubría el monumento al son de la *Marcha real* española. De fijo que ninguno de cuantos presenciemos la escena podremos olvidarla mientras vivamos, y yo de una manera especial.

Ya de adolescente tenía Maristany afición a la lectura, que andando el tiempo se le convirtió en amor a los buenos libros. Figuraba en todas las sociedades culturales, y de muy joven ya fué elegido bibliotecario del Ateneo Barcelonés, que entonces era célebre por su bien provista Biblioteca. Refiriéndome a esa bibliofilia, he de recordar que, de estudiante, en vacaciones ya demostraba ese amor a los libros, base de la cultura que no le abandonó en su madurez; nuestros ocios en las horas de siesta para hurtar el cuerpo a los rigores del sol, eran ocupados por la lectura en parajes silenciosos, y devorábamos, dando de mano los de texto, aquellos libros, que nos alejaban momentáneamente de las disciplinas universitarias. Walter Scott, Dumas, Dickens y, más que todos ellos, las fantasías científicas del incomparable Julio Verne. Esa bibliofilia no le había de abandonar ya más, y en ocasiones le asoció a muchas manifestaciones literarias de Barcelona. Así, cuando en nuestra ciudad corrió la voz de que estaba en peligro de ir a parar al extranjero el valioso *Cancionero de Zaragoza*, fué una de las pocas personalidades que se apresuró a suscribirse para poder ofrecerlo a la Biblioteca de Cataluña, a la cual también ofrendó la colección de autógrafos de las poesías de mossèn Jacinto Verdager, inmortal autor de *L'Atlántida*.

Maristany llegó a ser hombre rico; y más aún, fué hombre justo y creyente fervoroso, y no abandonó jamás las prácticas religiosas que le enseñara su bondadosa madre, y nunca dejó de reconocer que a las mercedes divinas debía cuanto era y valía,

que era mucho. Por lo que a mí respecta, soy testigo de mayor excepción, pues muchos que le juzgaban de superficial o ligero, ignoraban lo que yo sabía por haberle acompañado muchas veces : El Conde de Lavern hacía diariamente la estación de las cuarenta horas, repartiendo a los pobres de la puerta del templo su correspondiente limosna, nada escasa. Además, en el oratorio de su casa se celebraban, en familia, todas las solemnidades litúrgicas de las fiestas tradicionales : la bendición de las candelas, la procesión de las palmas, la patriarcal Misa del gallo en la gran noche cristiana, en la que comulgábamos todos cuantos le amábamos de verdad. Y todo ello sin mojigatería, efusivamente, jubilosamente, porque él recordaba las palabras del salmista «Serveiréis al Señor con alegría».

Tal vez alguna inteligencia poco cultivada achacaba a falta de ilustración alguna de las chanzas a las que era tan aficionado, ignorando su bagaje científico y literario y su vasta erudición; por ello escribíome a su muerte, un común amigo, su pesar «porque era un hombre excelente, más sano fruto de lo que aparentaba la corteza».

Otros amores, además del de los libros, albergaba en su pecho, uno era el amor al prójimo, otro el amor a la agricultura. Era caritativo en extremo, sin alarde ni ostentación, y su actuación dentro de campo tan meritorio le valió la Gran Cruz de Beneficencia, con distintivo blanco. El amor a la agricultura lo demuestra el esmero con que hacía cultivar sus extensas propiedades vitícolas en el Panadés, implantando cuantas mejoras le sugería su buen celo y grandes conocimientos, tales como campos de experimentación, concursos entre labradores, para difundir la cultura agrícola, y la fundación en los «Estudis Universitaris Catalans», de una «Cátedra Ambulante Pere Grau». Por todo ello obtuvo otra gran cruz, la del mérito agrícola; fué, además, delegado regio del Consejo provincial de Fomento, miembro del Jurado de la Exposición Universal de 1888, cuya Comisión conmemorativa presidió hasta su muerte; también jurado en las de Zaragoza y de Turín, habiendo sido solicitado desde sus años juveniles para cooperar a las misiones oficiales más difíciles. Presidió la Sección de Agricultura del Ateneo, fué decano del Colegio de Doctores matriculados del Distrito universitario y presidente del Comité italoespañol. Poseía, además, condecoraciones de Carlos III e Isabel la Católica y la de Oficial de la Corona de Italia.

Por juro de heredad puede decirse que nuestro amado presidente intervino en la política española. Militaba el autor de sus días en el antiguo partido progresista, que reconocía la jefatura del célebre hombre público don Práxedes Mateo Sagasta, al cual le unía amistad particular, por lo cual, el hijo, al suceder en el comercio a su padre, encontróse, sin darse apenas cuenta, metido en el círculo; era en Barcelona representante de ese partido el inolvidable don Francisco de Paula Rius y Taulet, quien distinguió con su paternal amistad al joven Maristany. Fué diputado provincial, luego a Cortes y también senador por Barcelona, captándose, en los viajes que, por razón de tales cargos, hacía a Madrid, la simpatía y la buena amistad de los personajes más conspicuos de la Corte, en las esferas de la política y aun en las de las letras y de las artes. Esa simpatía, unánimemente reconocida, no se detuvo ante las gradas del Trono, como lo demuestran las repetidas pruebas del real aprecio de que S. M. hizo objeto a tan ferviente monárquico cuanto hombre de vasta cultura.

Una de esas pruebas, aunque no la más importante, la dió el Monarca al crear, en distintas capitales, el cargo de delegado regio de primera enseñanza, nombrándole para Barcelona. Esto fué en 1903, y el primer paso que dió en el desempeño de tal delegación fué renunciar el sueldo que le estaba asignado, para demostrar con ello el entusiasmo que sentía por cuanto se relacionaba con la cultura patria y especialmente con la enseñanza de los niños. Para estimular a éstos tuvo la idea de crear un premio extraordinario para ser entregado en los exámenes de las escuelas. Tras larga reflexión, y recordando el gran amor a las provechosas lecturas, resolvió publicar un libro ameno y didáctico a la par, para que los pequeños escolares gozasen en su lectura y, al propio tiempo, sin darse cuenta grabasen en su imaginación enseñanzas propias para sus tiernas inteligencias. Invitado el que tiene el honor de dirigiros la palabra a aconsejarle en su propósito, acordamos editar él y redactar yo, un manual histórico resumido, titulado *Las estatuas de Barcelona*, magníficamente ilustrado, y en el que se daba a conocer la vida de los personajes representados en nuestros monumentos ciudadanos y, al paso, la de los artistas que habían esculpido su efigie, y, además, publicaba alguna poesía catalana que cantara las hazañas y los méritos de aquellos hombres célebres. Su aparición tuvo muy favorable acogida, y en la audiencia regia, en que Maristany puso en manos del joven Rey el primer ejemplar

numerado, que ostentaba rica encuadernación, pude escuchar de labios del Soberano el alto aprecio con que recibió el noble gesto de su representante en las escuelas de Barcelona. Tanto es así, que en prueba de reconocimiento por el celo con que desempeñaba el cargo, al cesar en él, le fué concedida la Gran Cruz de Alfonso XII, entonces de reciente creación, y cuyo primer agraciado había sido nuestro gran poeta Verdaguer en su lecho de muerte.

Posteriormente, cuando S. M. visitaba Barcelona no dejó nunca de recordarle, y en ocasiones visitó sus bodegas. No obstante, la mayor prueba del real aprecio le fué concedida al Conde de Lavern en uno de los últimos viajes de S. M., aceptando la invitación para un almuerzo íntimo, en un lugar público, como es el Restaurant Ribas-Llibre, honor que raras veces es alcanzado por un particular.

La Academia de Ciencias Naturales y Artes le eligió para individuo de su seno, sin que llegase a tomar posesión del cargo, por no haber tenido nunca bastante tiempo disponible. Porque él era muy exigente consigo mismo, y usando una frase de su cosecha particular, «no le gustaba cantar en el coro». Con lo cual se equivocaba, porque si en ocasiones, sin darse cuenta, cantaba en algún coro, bien pronto su palabra brillante, siempre precisa, adecuada e incisiva iba apagando el eco de las demás y se encontraba en plena conferencia sin sospecharlo, siendo oído con gran placer por cuantos le rodeaban.

Hasta ahora os hablé, señores Académicos, de nuestro ilustre amigo, en el aspecto intelectual, como aficionado a las lecturas ennoblecedoras del alma humana.

Voy a deciros algo, que ya sabéis todos por haberlo experimentado constantemente. Esa faceta de la personalidad del Conde de Lavern era la gran simpatía personal que irradiaba de todo su ser, hasta el punto de conquistar a las pocas palabras de una conversación a la persona o personas a quienes se dirigía.

Tenía don de gentes, diréis vosotros acaso, pero yo entiendo que el don de gentes es un concepto unilateral, porque muchas personas saben dirigirse a otras en la buena forma que se merece, y puede suceder que esas personas, aunque corresponden a la atención y a la cortesía, no se sienten atraídos hacia su interlocutor, como le pasaba a nuestro ilustre amigo con cuantos trataba. Esa simpatía habíale franqueado todas las puertas, así en Madrid como en Barcelona y en el extranjero, y por ello

cuando quería agasajar a algún personaje de alta categoría, era siempre aceptada su invitación, y aun me atrevo a decir que en algunos casos era solicitada, y no tanto por la materialidad del obsequio, que él, en su proceder selecto y refinado, sabía poner al alcance de los gustos más exigentes, sino, además, porque tenía el don de mantener en la mesa un ambiente de cultura y amenidad, que eran el mejor aderezo del banquete. Y cuando éste tenía lugar en su propia mesa, rodeada, en aquellos tiempos de juventud, por la guirnalda de flores de sus lindas hijas y encantadora esposa, era el yantar algo indefinible. Prueba de ello es que no hubo autoridad superior en Barcelona que no se honrara con la comensalía de Maristany.

* * *

El buen concepto que mereció como comerciante es de sobras conocido. Para él parece que fueron escritas las palabras que se leen en el friso de la bellísima *Llotja dels mercaders*, de la ciudad del Turia : «Compatricios, probad y ved cuán bueno es el comercio, que no lleva el fraude en la palabra, que jura al prójimo y no le falta, que no da su dinero con usura. El mercader que vive de este modo rebosará en riquezas y gozará, por último, de la vida eterna.» Así lo entendió el llorado amigo, y tan alto concepto mereció, que la Cámara de Comercio de Barcelona le llamó a su presidencia, la cual ocupó con gran lucimiento y completa satisfacción de todos sus miembros hasta un grado tal, que al cesar en su mandato fué elegido por unanimidad presidente *honorario*, título de que se ufanaba con legítimo orgullo, a pesar de que ni ese, ni los demás, ni las condecoraciones, ni los halagos de todas clases con que era recibido en las más elevadas esferas sociales le hiciesen variar un ápice de su carácter llano, acogedor y aun algo estrepitoso, que a veces le llevaba al margen, nunca traspuesto, de la corrección.

Para un hombre que había demostrado un talento verdaderamente fenomenal para el estudio de las matemáticas, resulta algo paradójico verle despuntar, asimismo, en la aridez de los cálculos aritméticos; una cosa es todo abstracción; la otra, la fría realidad. Y, no obstante, cuantos le trataron en la vida de los negocios aseguran que tenía para ellos gran perspicacia. A bien que, una vez al frente de su casa comercial, todo lo pospuso al progreso de la misma. En este concepto hay que confesar que de mucho le sirvió el talismán de esa simpatía de que

antes hablé, y que le constituyó en un hombre representativo de nuestra querida Barcelona.

También en esa presidencia de la Cámara de Comercio abrió surco, que, según su costumbre, llenó de buena semilla. Así creó unos premios que alcanzaron dos valiosos trabajos; uno era del Académico que fué de esta casa e insigne escritor Miguel de los Santos Oliver, titulado «Monografía del célebre médico y químico Mateo José Buenaventura Orfila», ilustre hijo de Menorca, que fué pensionado por la Junta de Comercio de nuestra ciudad y llegó a ser decano de la Facultad de Medicina de París, en cuya Universidad fundó el Museo de su nombre; el otro trabajo era la «Historia de la Real Junta particular de Comercio de Barcelona», y su autor el conocido publicista don Angel Ruiz y Pablo.

* * *

A raíz de su muerte publicó, en *La Vanguardia*, un artículo su gran amigo el ex ministro don Angel Ossorio y Gallardo, con el título de «*Pere Grau* o la cordialidad», que demostraba haber tenido ocasión de conocerle íntimamente durante la época en que fué gobernador civil de Barcelona. No puedo resistir la tentación de extractar algunos fragmentos de tan notable trabajo:

«Llamémosle así : *Pere Grau*, como le llamó siempre el pueblo y como él gustaba de ser llamado. Condados y excelencias, bandas y cruces, eran cosas allegadizas y superpuestas, que acariciaban la vanidad, pero no se metían en la entraña de aquel hombre-niño, siempre propicio a un buen querer y a una risa franca.

Era *Pere Grau* símbolo de una casta muy interesante y políticamente muy beneficiosa : la de quienes lo ven todo con los ojos del corazón. Sólo cuando se ha vivido intensamente los problemas de Cataluña cabe darse cuenta del valer inmenso y de la buena obra que significan esos hombres escogidos, que, por encima de las ideas y de los intereses, ponen los movimientos afectivos del espíritu de sacrificio en pro de la paz y del amor... En el batallar de extremismos encontrados y de pasiones antagónicas, fácilmente se llegaría a modalidades selváticas, sin la presencia de seres cuyo corazón, rebosante de amor, lo comprende todo, lo disculpa todo, procura conciliarlo todo... y a veces lo logra, siendo bálsamo y sedante, tregua y transacción, reposo y olvido...

Así era *Pere Grau*. En los momentos difíciles, su trabajo

y su bolsa, su experiencia y su sonrisa estaban al servicio del bien de todos. Las gentes se enteraban, unas veces, de la dádiva o del festejo, pero ignoraban casi siempre la gestión silenciosa, la mediación oportuna, el consejo prudente con los cuales se conjuraba un riesgo o se atenuaba un daño. Porque Maristany fué, para todos y para todo, comprensivo y tolerante; porque, participando de criterios dispares, supo fundirles en su alma el calor de la efusión; porque su alegría acogedora disipó tormentas; porque enjugó lágrimas y borró odios, deja tras sí una estela de gratitud y simpatía.» Y termina diciendo : «Bien haya la memoria de Pere Grau, y Dios no nos prive de hombres de su misma significación! El buen vivir de los pueblos pende tanto de las ideas claras como de los corazones limpios.»

Razón tenía Ossorio y Gallardo. Porque esas cualidades con que enalteció la memoria de nuestro infortunado presidente se demostraban, de particular manera, al tratarse de su pueblo natal, al que amaba con fervor; porque es de saber que su cariñosa madre, cuando llegaba el término de sus esperanzas, dejaba su casa de Barcelona para ir a la sonriente villa de Masnou a dar la vida a los hijos de sus entrañas. Para Maristany, Masnou lo era todo, y en ocasiones decía, festivamente, entre amigos: «Para mí es la capital de Cataluña.» Y que así lo sentía, probábalo asociándose a todo cuanto interesaba a su pueblo, socorriendo anónimamente muchas miserias y ahogos; interponiendo su valimiento para solucionar asuntos y colocar pretendientes, y aun consagrandole a la estancia en él casi la mitad del año. Allí le encontró la revuelta llamada trágica del 1909, que hizo madurar en muchos cerebros inconscientes el fruto maldito de la rebelión. Al terminar y volver las aguas a su cauce quedaron algunos hogares llenos de lágrimas y de apuros. Pere Grau no dejó de interceder por algunas de las víctimas de la momentánea ofuscación, que gemían tras las rejas de la cárcel, no cesando hasta alcanzar su liberación.

Su villa natal nombróle hijo predilecto, obsequiándole con un valioso pergamino y un popular homenaje en el Gran Salón-Teatro del Casino, cuya instalación había fomentado, como lo había hecho, asimismo, con las Escuelas municipales cuando ejerció la Delegación Regia de Primera enseñanza.

Por esa actuación y, además, por haber dotado al pueblo de Lavern, donde tiene su gran patrimonio agrícola, de una traída de aguas potables, así como por haber pertenecido largos años, hasta su muerte, al Somatén armado de Cataluña, como

individuo de su Comisión organizadora, fué agraciado con la real merced del Condado de Lavern, de nueva creación, para sí y sus sucesores. Inútil es decir que supo rodearle de todos los prestigios para corresponder a tan alta distinción.

* * *

Los múltiples viajes que, por América y Europa, había hecho en su juventud el Conde de Lavern, dejaron profunda huella en su espíritu. Sus dotes de fino observador y de hombre culto y erudito dejaron en su corazón el afán de rodearse de cosas bellas y agradables, depurándole el gusto y desarrollándole la afición, que le acompañó hasta la tumba, hacia todas las manifestaciones del arte : la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, en fin, le hicieron presa de sus halagos.

De sus frecuentes salidas a Madrid, en cuyo Museo del Prado se sentía atraído poderosamente, se trajo copias de los mejores cuadros, como «Los bebedores», de Velázquez; «La Perla», de Rafael; «La Concepción», de Murillo, y otros de los que ejecutan los profesionales que a ello se dedican. Gustábale vivir rodeado de obras de arte, no tan sólo por el goce estético de su contemplación, sino, además, para actuar de Mecenas con los artistas; viendo la vida lánguida que vivían en Barcelona, se complacía en hacerles encargos, no con el único objeto de alhajar su morada, sino, también, para alentar a muchos que, anhelantes de estudio y de perfeccionamiento, se veían imposibilitados de ello por dificultades materiales.

Al construir su espléndido panteón en el Cementerio de Masnou encargó al escultor José Llimona un grupo con el tema «La fe consolando al dolor», y del mismo artista adquirió el doble busto en mármol «La primera Comunió».

A José Reynés le había encargado el alto relieve de «La Ascensión del Señor», de que antes hablé, y, además, una réplica del delicioso jarrón que figura en nuestro Parque de la Ciudadela. No había Exposición durante el año en que él no hiciese alguna adquisición, y más hubiese hecho si se lo hubiese permitido la capacidad de su morada.

Esta otra modalidad de su cultura, generalmente conocida de toda Barcelona, le valió ser nombrado miembro de esta Corporación, y poco después, al ocurrir la lamentable pérdida del insigne presidente excelentísimo señor don Felipe Bertrán de

Amat, todas las miradas de los Académicos se dirigieron al Conde de Lavern para elevarle sobre el pavés.

La época de su presidencia ha sido verdaderamente fecunda para nuestra Corporación, porque había puesto a su servicio todo lo mucho que valía y podía, a pesar de haber atravesado épocas dolorosas de desvío o algo peor, de hostilidad por parte de la Diputación. Incluso se trató de despojarnos de nuestra valiosa biblioteca, pero en vano, gracias a Dios. Su simpatía lo venció todo.

En su cargo creó unos premios anuales, que la Academia denominó «Premios Conde de Lavern», para dos alumnos de las Escuelas de Bellas Artes, que son adjudicados, a cada curso, a los más aprovechados. Al ocurrir su muerte, la Junta de Gobierno acordó mantenerlos, para honrar la memoria de su digno y querido presidente.

Todos recordaréis su brillante actuación en las sesiones públicas de la Academia, mostrándose siempre orador sincero y erudito a un tiempo, deleitando a cuantas personalidades acostumbraban a honrarnos en estos actos, por la facilidad con que se asimilaba el contenido de los trabajos académicos de que se había dado lectura. Como a tal formó parte de numerosas Comisiones representando dignamente, y siempre con gran éxito, a nuestra Corporación. Una de esas representaciones era en el seno de la Junta autónoma de Museos, de la que formó parte por derecho propio en virtud del cargo, hasta el día de su muerte.

Y voy a terminar, señores Académicos; la muerte del primer Conde de Lavern sorprendió a muchas gentes, pero yo creo que él fué el menos sorprendido. La cruel enfermedad que, desde larga fecha, minaba su organismo, habíase mostrado en ocasiones en toda su morbosidad, y por ello creo que hubo de percatarse más de una vez del peligro que le amenazaba, especialmente por antecedente hereditario. Es imposible que su privilegiada inteligencia no le mostrara en ocasiones la verdad en toda su fatídica desnudez. Un hombre de talento tan universal, de tan fina perspicacia, hubo de enfocar indefectiblemente su situación y tener algún vislumbre de la eternidad que le llamaba. Su carácter optimista y el afán de no afligir a los seres amados le hizo sobrellevar con gran entereza el peso de su infortunio. Trazó proyectos con confidentes, en cuya fidelidad y discreción podía contar, y no diré que se preparase espiritualmente, porque siempre lo estaba, dada la frecuencia con que recibía los Sacramentos. Recluyóse más íntimamente en su hogar y aguardó

serenamente a la hermana Muerte, sonriéndole interiormente con la tranquilidad de conciencia de un varón bueno, porque lo era; era bueno, justo y creyente fervoroso, practicando el consejo de san Agustín : «Ama a Dios sobre todas las cosas y haz lo que quieras.»

Dejó, su tránsito, un gran vacío en la sociedad barcelonesa, y mucho más en esta Academia, que no ha pensado todavía en elegir quien deba substituirle, guardando así a su buena memoria un luto riguroso y sentido.

La justicia divina le habrá ya reservado un lugar entre los hombres de su diestra, entre los benditos del Padre, de aquellos que en vida siguieron sus santas enseñanzas. Para que así sea, al tomarle como ejemplo, recordemos al querido Conde de Lavern en nuestras pobres oraciones. Y termino mi modesto tributo citando una frase reciente de nuestro querido y admirado compañero, el doctor Rubió y Lluch, al hacer el elogio de Menéndez Pelayo en la Academia española, y que es debida a Proporcio: «Cuando uno no puede alcanzar la cabeza de una estatua elevada para coronarla, ha de contentarse con arrojar unas cuantas flores al pie del pedestal.» Si juzgáis que las flores de mi pobre prosa dedicadas a nuestro presidente son dignas de sus grandes méritos, me sentiré satisfecho y complacido.

HE DICHO



FACULTAT DE LLETRES
BIBLIOTECA

EXCLÒS DE PRÉSTEC

UNIVERSITAT AUTÓNOMA
DE BARCELONA
FACULTAT DE LLETRES

R.175.643

C.171/13